



Presentación del libro

**EL BARRIO MARINERO DE SAN CRISTÓBAL  
Y SU ANTIGUA ERMITA**

*de*

**don Julio Sánchez Rodríguez**

sacerdote e Hijo Adoptivo  
de Las Palmas de Gran Canaria

acto en el que intervendrán

el autor

*y*

**don JUAN JOSÉ LAFORET**

cronista oficial de dicha ciudad

y tendrá lugar

el jueves 16 de mayo de 2019

a las 19,30 horas

en la Iglesia Parroquial de San Cristóbal

calle Santiago Tejera Ossavarry

Esperando verse honrados con su asistencia.



Tribuna libre ➡

Cronista oficial de Las Palmas de Gran Canaria

Juan José Laforet



«Para su autor, Julio Sánchez Rodríguez, también fue motivo de honda alegría, de sugerente llamada, su inesperada designación, ya jubilado, como sacerdote adscrito a la Parroquia de San Cristóbal»

## Un gran libro para la historia de San Cristóbal

El barrio marinero de San Cristóbal es un verdadero hito en la historia de Las Palmas de Gran Canaria. Su aparición y pausado crecimiento constituyó desde tiempos remotos una verdadera señal que marcaba no sólo un límite físico de la ciudad, sino que designó, poco a poco, una parte muy elocuente del ser y sentir identitario de la capital insular, tanto que de alguna manera todos somos costeros que «...arriando velas o largando al viento la rumantela...» navegamos hacia nuestro propio entendimiento, hacia ese conjunto de tradiciones y costumbres que moldean el alma gran Canaria.

Y ahora surge un nuevo hito en el libro que el sacerdote y destacado investigador Julio Sánchez Rodríguez dedica a este barrio marinero y a su antigua ermita, pues constituye un acontecimiento puntual y significativo que marca un momento importante en la propia vida e historia de San Cristóbal, todo un motivo de honda alegría y satisfacción para el antiguo barrio de *los Barquitos*, como para toda la gran ciudad de la que es parte señora, tanto que me parece que el propio Pancho Guerra comentaría como a propósito de ello «Hoy no cantamos ¡Sardinas frescas! Hoy pregonamos ¡Viva la fiesta! Echa ron ventorrillero. Turrонера, pon turrón».

Para su autor, Julio Sánchez Rodríguez, también fue motivo de honda alegría, de sugerente llamada, su inesperada designación, ya jubilado, como sacerdote adscrito a la Parroquia de San Cristóbal, lo que traía consigo un regalo muy hermoso, «Un trozo de mar en mi vejez». La mar fue siempre una constante presencia en su vida desde la infancia, incluso cuando sus diversos destinos sacerdotales le llevaron tierra adentro durante varios años. Ahora la recuperaba y la tenía muy cercana, casi palpándola con las manos en cada uno de sus días. Pero para él la mar no sólo era ese camino atlántico en el que tanto se ha conformado la historia y el devenir de los canarios, sino que la mar era sobre todo la costa donde las olas venían a recostarse, y donde la isla soñaba y desesperaba en la inquietud de una y otra generación que hizo de la playa su propia morada. Y aquí surgió una idea hoy hecha libro, dejar testimonio de un lugar que es isla y al tiempo es mar, de un barrio que surgió de la brega en las olas y en los surcos

de la cercana vega, de un vecindario que no sólo fue testigo del desarrollo enorme de una ciudad, sino de una isla que de tanto transitar entre norte y sur también se llevó por delante una parte sustancial del propio barrio y su antigua ermita.

Si la ciudad se mira en el espejo de la historia encontrará como hace siglos, allá por los últimos años del siglo XVI, hacia el sur, en el esplendor grato de los cultivos de la Vega de San José y en la soledad de las pedregosas y rugientes playas, sólo se levantaba enhiesto y señero el Torreón de San Pedro Mártir; el hoy popular *Castillo de San Cristóbal*, uno de los primeros y significativos hitos con el que los viajeros sabían que ya estaban ante el viejo Real de las Tres Palmas. D. julio, consciente de ello, no duda en abrir su amplia y multidisciplinar obra con un capítulo dedicado al *Castillo de San Pedro Mártir*; hoy verdadera alegoría tan laspalmeña como sancristobaleña a la que un inolvidable y trascendente artista, hijo del barrio, aunque naciera en Vegueta, como es Julio Viera le dedicó los más sugerentes cuadros y dibujos, que deberían reunirse en el propio torreón, una vez restaurado y abierto a las visitas del público. Y el libro tampoco deja atrás una amplia y detenida referencia a la vida y obra de este artista que «...regala escaparates de imaginación, sueños y emociones». Años después, hacia 1659, otro mapa, cuyo autor sólo consta como «soldado anónimo», abre de par en par la historia de un nombre y un futuro topónimo a través de una segunda y significativa construcción, la antigua ermita de San Cristóbal, por lo que las páginas del libro, en su segundo y tercer capítulos, ofrecen no solo una referencia de este santo, que inicialmente llevó el nombre de *Réprobo*, sino que se adentra en un exhaustivo estudio tanto de la devoción a San Cristóbal en Canarias, como de la iconografía de San Cristóbal en el patrimonio artístico de estas islas, para luego dejar trazados los orígenes y la evolución de la antigua ermita de San Cristóbal, su institución como Parroquia el 1 de octubre de 1841 y su demolición entre 1962 y 1963 para construirse la autovía del sur, con lo que se perdían cuatro siglos de historia de un pequeño pero muy significativo templo que en su entorno acogió el primer cementerio

«Junto a la historia de este templo, como a la del actual, florece en toda su intensidad y diversidad la historia del barrio marinero de San Cristóbal o 'de los Barquitos'»

extramuros de la ciudad, y que durante décadas sirvió de lazareto para naufragos y de tannatorio o depósito de difuntos.

Junto a la historia de este templo, como a la del actual, florece en toda su intensidad y diversidad la historia del barrio marinero de San Cristóbal o *de los Barquitos*. Se desgranar poco a poco sucesos y acontecimientos, como el *Chacabote* del año 1943, las trágicas inundaciones del año 1969, la creación de la Cooperativa de Pescadores, la inauguración del Paseo del Pescador en 1983 o el Plan de Rehabilitación del Barrio Marinero en 1993, se recogen y desgranar las biografías de los más diversos personajes del Barrio, o se habla de botes de vela latina y no se olvida de los barquitos de lata, donde los niños aprendían a vérselas con la mar. También se adentra en la percepción pionera que de este barrio dejó Agustín Millares Torres allá por la mitad del siglo XIX, o dedica todo un exhaustivo capítulo a una obra literaria y musical tan representativa del barrio como fue la zarzuela *La Hija del Mestre*, de Santiago Tejera que hoy da nombre a una de las calles más destacadas de esta colación marinera. Pero si el contenido es un verdadero lujo, también lo es el continente, pues se trata de una edición muy cuidada e ilustrada con una multitud de fotografías antiguas del barrio, de obras de arte, de documentos y planos, asentada en documentación de los fondos más antiguos de la isla y en el testimonio oral de muchos vecinos, lo que hace de esta obra no sólo una joya bibliográfica, sino, como ya se dijo, un verdadero hito para la historia del Barrio. Un libro excepcional con el que Julio Sánchez Rodríguez, una vez más en su vida, deja constancia de ser un verdadero Hijo Adoptivo y muy querido de Las Palmas de Gran Canaria.



## “EL BARRIO MARINERO DE SAN CRISTÓBAL Y SU ANTIGUA ERMITA”

### DE JULIO SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

Nos hallamos esta noche en el Instituto de Estudios Canarios de San Cristóbal de La Laguna, convocados para presentar, con un muy especial agrado por mi parte, el último libro del sacerdote e historiador Julio Sánchez Rodríguez, que se titula “El barrio marinero de San Cristóbal y su antigua ermita”.

Es un libro, como se ve, de formato grande y de aspecto con empaque y atractivo, que mediante una magnífica portada nos anticipa toda la intención y sinceridad que el autor ha puesto en su nuevo estudio. Como pueden ver comunica “un instante” en la vida colectiva de una muy singular comunidad humana: son familias de pescadores, mujeres y hombres, niñas y niños, que están en la playa de callaos de San Cristóbal dedicados a la tarea decisiva de sacar a tierra, mediante tiro o arrastre, la red chinchorro con la pesca capturada ya fuera abundante o escasa, para posteriormente pasar a pregonarla y venderla por las calles de Triana y Vegueta en Las Palmas.

Las personas, en la orilla de la playa, con sus atuendos característicos, muchos descalzos, con sus perros, las seretas y cestos, los cabos, etc. están dedicados —en tensión— a hacer bien la maniobra “salvadora” para su existencia cotidiana: obtener fruto del que vivir. Que gran momento decisivo y reflejo de una existencia enteramente dependiente del mar, peligrosa, dura y precaria. Están ante un escenario de contraste: las afueras de Las Palmas desde San Cristóbal, en la proximidad al barrio costero de Las Tenerías, al fondo los platanales de la Vega de San José, el Risco del barrio popular de igual nombre en la ladera del lomo y, por último, el perfil de Las Palmas —en Vegueta— con el realce de la catedral de Santa Ana y sus campanarios, faro y corazón de toda la población de entonces. Toda una honda contemplación de un tiempo que se nos fue y a través de la mirada de un fotógrafo artista —anónimo, por ahora—, allá por finales del siglo XIX o primeros años del siglo XX. Una portada que transmite la “esencia existencial” de aquella comunidad y que atraviesa de principio a fin toda la obra de Julio Sánchez Rodríguez.

Antes de entrar a comentar en sentido estricto los contenidos del libro, voy a referirme mediante algunas pinceladas a una aproximación al barrio de San Cristóbal de Las Palmas.

Su casco urbano configura un pequeño barrio popular con una historia y una comprensión de su existencia en gran parte no conocida ni plasmada en una publicación, hasta la llegada de este libro. Barrio de siempre marinero, que en el presente forma parte del Distrito *Vegueta, Cono Sur y Tafira*, todo él compuesto por 38 barrios y que posee una población de conjunto de casi 80.000 hab. Entre ellos el barrio de San Cristóbal que ahora alberga unas 1000 personas censadas, pero que su población real estará por casi el doble, si no me equivoco mucho. No deja de ser uno de los barrios pequeños de la aglomeración de Las Palmas, ciudad con casi 380.000 habitantes.

San Cristóbal ha sido un núcleo de pescadores asentado a un kilómetro y medio al sur de la ciudad antigua de Las Palmas, a extramuros, y a orilla de una playa mayormente pedregosa, llamada antiguamente de San Pedro —por la denominación igual de la torre o fuerte militar que en una punta de aquella se levantó en 1577 y como devoción a San Pedro de Verona, el protomártir de la Orden de los dominicos, que desde el origen de la ciudad ha tenido una gran consideración oficial por haber ocurrido el final de la guerra de conquista de Gran Canaria un 29 de abril, de 1483, día —en el santoral católico— de la celebración del citado santo. Desde el siglo XVIII, al menos, aquella zona fue siendo conocida por “San Cristóbal” motivado por la existencia en aquella parte de una ermita con esa advocación, existente ya en el siglo XVII o antes.

La ciudad de Las Palmas, desde su inicio en un campamento militar de conquista en 1478, ha contado con tres desembarcaderos o puertos naturales más usuales: al norte de la ciudad antigua el del lejano puerto de La Luz, con una buena fortaleza militar o castillo de La Luz y a la vez puerto principal de Gran Canaria; el de la caleta de San Telmo, a orillas de la ciudad de Las Palmas y

próximo a la ermita homónima en el barrio costero de Triana e igualmente con la torre o castillo de Santa Ana para su protección, y el de la caleta de San Pedro en la costa del sur de la ciudad, con el fuerte del mismo nombre. Junto a este último era donde se instalaban —ocasional o esporádicamente— algunas familias de pescadores que tenían vinculación con los barcos que faenaban en las costas de Bebería, dedicados a la pesca del “salado” y que con alguna frecuencia la desembarcaban por esa caleta y por el contiguo caletón de San Pedro, para ser vendida en Las Palmas y reexportada a las restantes islas, como nos lo describe Fr. José de Sosa, para el siglo XVII (*Topografía de la isla afortunada Gran Canaria cabeza del partido de toda la provincia comprensiva de las siete islas llamadas vulgarmente Afortunadas*, 1678).

Y fue, según considera Julio Sánchez Rodríguez, en el siglo XVIII cuando debió asentarse con carácter permanente una pequeña población de pescadores, a consecuencia de la remisión en buena parte de la actividad de los ataques piráticos o de los hostigamientos corsarios sobre las playas y costas de nuestra islas que tanto intranquilizaban y dañaban a los lugareños, y por consiguiente cuando la ermita de San Cristóbal de propiedad privada entonces, perteneciente al mayorazgo de los Castillo y Ruiz de Vergara, y su dueño Don Cristóbal —hacia 1780— decidió convertirla de carácter público y eclesiástico bajo la administración del obispo. Este dato, por lo tanto, adopta un valor muy significativo como hito en la historia del barrio, pues significa que para entonces la población asentada tenía ya una entidad notoria y se hacía necesario darle un mínimo servicio religioso.

Nos servirá para componernos una imagen de aquellos orígenes antiguos del poblamiento, (especialmente si observamos los valiosos mapas históricos que se presentan en el capítulo primero), considerar que la costa inmediata a las afueras de Las Palmas reunía unas características de soledad poblacional absoluta que se fue transformando con el devenir de los años, desde un “territorio del vacío” temido y evitado para ser habitado con carácter permanente, hasta la segunda mitad del XVIII en que ya se vio formado en la playa del Caletón, al amparo del castillo de San Pedro, un aduar de pescadores, que fue creciendo lentamente y donde más tarde —hacia la segunda mitad del siglo XIX— se comenzó a levantar unas pocas viviendas de vecindad para configurar un “pago” o arrabal de Las Palmas; y finalmente, al acabar dicho siglo, aquél poblado comenzó a ser considerado barrio de la ciudad, reconociéndole la necesidad de dotarle de servicios públicos.

Así, balbucientemente, fueron llegando primero el servicio eclesiástico más formal con cultos y fiestas religiosas con regularidad, detrás una mínima enseñanza de párvulos y más tarde de primaria, intentos de alumbrado público con farolas de petróleo, además por cuenta de la municipalidad los mantenimientos adecuados al secular camino a San Cristóbal —vía única de enlace para el transporte entre aquella playa y su gente y Vegueta o la ciudad—, también una incipiente y mínima atención sanitaria municipal en cuanto a vacunaciones a la población, bastante más tarde algún pilar de abasto público de agua potable, etc.

Para ayudar a entender la realidad del barrio, desde nuestra isla de Tenerife, pensemos que se parece bastante con el caso de Santa Cruz de Tenerife y sus barrios de El Cabo y el de Regla; o el caso del Puerto de la Cruz y su barrio de La Ranilla. Ambos, como en el de San Cristóbal de Las Palmas, eran barrios apartados de la población, con caletas, playas pedregosas e inseguras, ermitas, fortalezas militares, barcas y pescadores como vecinos muy pobres.

El estado de vida atrasado, miserable y antisaludable de los habitantes en San Cristóbal era bien conocido por la población y las autoridades de Las Palmas. En su libro Julio Sánchez Rodríguez recoge el testimonio que el notario y periodista entonces D. Agustín Millares Torres (además de reconocido historiador), plasmó en un artículo en el periódico *El Porvenir de Canarias*, en 1853:

*“Compónese este barrio de una reunión de pequeñas casas que lindan con el camino que va desde esta Ciudad a Telde extendiéndose luego hasta la orilla misma del mar, que por aquella parte forma una extensa playa con diversos fondeaderos. Las casas pasarán de ciento, y están fabricadas con tierra y piedra sin mezcla alguna de cal. Angostos pasadizos por donde apenas cabe una persona las separan entre sí, y sirven de calles a este barrio que estoy seguro desconocen muchos de mis lectores por no cuidarse como debieran de las curiosidades de su patria.*

*Este barrio, si tal nombre merece, se halla habitado en su totalidad por un pueblo de pescadores que pasan su vida en el mar, surtiendo a la población de todo el pescado fresco que se necesita para el consumo diario. Su vestido y su lenguaje forman una parte muy curiosa de sus extrañas costumbres, [...]”.*

En parecida línea (veinte años más tarde) sigue un escrito de 1875, referido al estado de abandono social y religioso del poblado de San Cristóbal y dirigido al Sr. Obispo D. José María de Urquinaona, luego obispo de Barcelona, en el que se decía:

*“ilustrísimo y Reverendísimo Señor:*

*Los vecinos del barrio llamado los Barquitos en la ciudad de Las Palmas a V.SRía. Ilma. con todo respeto y acatamiento exponen:*

*Que habiendo cesado hace tiempo de celebrarse la misa que se decía en los días de fiesta en la ermita de San Cristóbal, sita en dicho barrio, les es forzoso hacer patentes a su Pastor, que muestra tanto celo por el pasto espiritual de su rebaño, la necesidad y angustia en que se hallan. Este barrio, Ilustrísimo Señor, que cuenta con muchos centenares de almas, se ve en la deplorable situación de que muchos de sus vecinos no pueden sin graves dificultades cumplir con el santo precepto de la misa; ya que por la distancia y el mal estado del camino en el invierno, lo que es al menos para las personas ancianas, un grande obstáculo, ya porque las madres tendrían que dejar por bastante tiempo abandonadas sus casas y sus hijos, y los jóvenes no tienen a menudo, por su pobreza, zapatos y ropa decente para entrar en la ciudad, y ya, en fin, porque los hombres, por efecto de los grandes impuestos que le llevan mucha parte de su ganancia, se ven en la necesidad, , por lo menos en las semanas a en que ha habido poca pesca y en ciertas épocas del año, de salir al mar, para alcanzar el indispensable alimento de sus familias, para lo cual no es pequeña dificultad el hacer viaje a la población para oír la misa, empleando en ello mucha parte de el día y perdiendo no pocas veces el tiempo favorable de la marea.*

*Estas razones nos parece que serían suficientes para mover el corazón paternal de VSI, a dar las disposiciones conducentes a que, a la mayor brevedad posible, algún sacerdote, aunque tenga que decir dos misas, venga a celebrar el Santo Sacrificio todos los domingos y fiestas de guardar,[...]”*

Pero en la década de 1890, algunos cambios comenzaron a verse. Puedo humildemente sumar al excelente estudio de Julio Sánchez Rodríguez, por lo que he averiguado, que fue en ese decenio cuando el Ayuntamiento de Las Palmas comenzó a ocuparse un poco en serio de atender y mejorar las condiciones de vida en aquel arrabal, particularmente desde el mandato del alcalde D. Francisco Manrique de Lara (1892-93). También, desde los años siguientes, unas pocas familias burguesas de Las Palmas iniciaron la costumbre de afincarse por algún tiempo en algunas de las pocas viviendas aceptables del barrio, en la playa de Los Barquitos como también era denominada y junto a las de los pescadores, para pasar la temporada de verano. Que sepamos uno de aquellos pioneros fue el exalcalde y durante varios años concejal del Ayuntamiento de Las Palmas D. Ignacio Díaz Lorenzo y su familia, que en 1897 según dato de la prensa del momento adquirió allí una casa para ese propósito. La iniciativa fue lentamente creciendo y acabó en las décadas de 1900 a 1930 convertida en minoritaria moda. Así, me consta, que familias con sus hijos como las de D. Manuel Rodríguez Torres y D<sup>a</sup> Carmen Doreste (padres del que fuera —en tiempos del comienzo de la democracia actual— destacado político y alcalde de Las Palmas, D. Juan Rodríguez Doreste), o las de los comerciantes Peñate como D. Rafael Peñate propietario del famoso Almacén de muebles en la esquina de la calle Remedios con la de San Pedro en Triana, inaugurada en 1898; o la del matrimonio D. Jacinto Doreste Falcón (comerciante y exportador de frutos) y D<sup>a</sup> Dolores Morales Rodríguez (padres del prestigioso intelectual Domingo Doreste Rodríguez, Fray Lesco), o la familia de D. Gregorio Martín Muñoz y D<sup>a</sup> Matilde González Díaz (mis abuelos paternos), etc., tomaron la costumbre de veranear en las playas de San Cristóbal, así como otras elegían la de La Laja aún más al Sur y, los más, la de Las Canteras próxima al Puerto de La Luz.

Para completar esta breve referencia a esa otra faceta del barrio de San Cristóbal, que también adornaba su personalidad desde finales del siglo XIX, como localidad de un primer veraneo y de acogida de ocasiones de recreo, señalar que en 1903 quedó abierta la primera Fonda del lugar y que además, por entonces, se practicaba el gusto de visitar el barrio en los días festivos para pasar un rato de diversión y asueto, en aquel muy pintoresco y romántico lugar, acudiendo a unas casas que servían comidas y pescado cocinado, lo que animaba un ambiente de mucha viveza. Tanto que en 1905 se inauguró el primer restaurante “fino”, el Restaurant La Marina, negocio también del acreditado propietario del “Hotel-Restaurant de Madrid”, D. Salvador Alfonso, ubicado en la plaza de la Democracia de Las Palmas.

Hecha esta ligera digresión, paso a centrarme en los capítulos de la obra:

José Sánchez Rodríguez, cómo se ha internado en la comprensión de esta comunidad humana.

Desde la primer página de la obra, se le cruza en el camino al lector estas palabras del poeta Blas de Otero:

*“Nada es tan necesario al hombre como un trozo de mar y un margen de esperanza más allá de la muerte”.*

Muy verdadera consideración, que nos anticipa la identificación total del autor con el lugar al que ha dedicado su atención.

Para ello ha escogido una perspectiva multifacética, que se subdivide en seis ejes temáticos.

El capítulo “El castillo de San Pedro Mártir”, sucede a una enjundiosa Presentación, autobiográfica, honda y entrañable. El castillo, reconstruido en el siglo XVII y que ha llegado hasta nosotros, es el símbolo sobresaliente del barrio y su gran monumento. La reproducción de algunos mapas históricos dan un gran interés a esta parte para la comprensión del lugar.

El capítulo consagrado al patrón de los transportistas, “San Cristóbal”, en esta localidad de Las Palmas es además patrón de un barrio de pescadores. El autor con una visión regional de Canarias pasa revista a cómo está presente la advocación de San Cristóbal, como un antropónimo que ha dado nombre a varias localidades e instituciones de nuestro Archipiélago. Así mismo se hace un apartado para examinar “San Cristóbal en el Arte”, que se acompaña con una selección de láminas de gran calidad que reproducen obras de escultura, pintura, relieve, grabados, etc. custodiadas en iglesias, ermitas o museos de nuestras Islas y de lo cual se comprueba que es en Tenerife donde más han abundado.

“La antigua ermita de San Cristóbal” es el tercero de los capítulos. En él se desvela con detalle de explicaciones su origen vinculado al mayorazgo de los Ruiz de Vergara y la incorporación de la citada ermita —ya para uso de culto regular desde 1847— a la parroquia de Santo Domingo de Guzmán en Vegueta, hasta su elevación a parroquia autónoma en 1941 por decreto de Monseñor Pildain Zapiain. De aquel mismo año de 1847 fue también el acontecimiento muy relevante que el misionero Antonio María Claret predicase a los marineros del poblado en la ermita de San Cristóbal. Añadido a ello sobresale la relación que establece el autor entre el valioso tríptico hispano-flamenco de San Cristóbal, que presidió el altar de la antigua ermita, con los no menos famosos trípticos de La Adoración de los Pastores de la iglesia de San Juan Evangelista en Telde y el de Las Nieves en la ermita del puerto de Agaete, que mantienen como nexo común la presencia en ellos del santo Cristóbal.

Le sucede el capítulo “Parroquia de San Cristóbal”. Se hace un detenido recorrido panorámico sobre la evolución eclesiástica y social de la misma, desde 1941. Y en sus dos sucesivas sedes, la de la antigua ermita hasta su derribo en 1962 y la de la iglesia nueva, inaugurada en 1963. Una selección de interesantes fotografías de la época, reproducciones de objetos de Arte y retratos ilustran el capítulo.

“El barrio marinero de San Cristóbal” es el capítulo más nutrido, se ocupa con detenimiento humanista del pintoresco barrio de nombre también “Los Barquitos”. En él se recuerda a habitantes

singulares que hubo y que ahora hay, sacerdotes, maestras, “la partera”, la sacristana, carpinteros artesanos, patronos de botes, etc., y vecinos especiales que dejaron honda huella. Y, además, el artista del barrio, el pintor Julio Viera. Junto a ello las actividades productivas pesqueras, deportivas, folclóricas, de restauración gastronómica, la Asociación de vecinos, etc. En fin, un pasear por sus calles, el “castillo”, su rompiente mar en la playa y sus arrecifes, el paseo marítimo, el refugio pesquero, etc.

El último capítulo es dedicado a “La Hija del Mestre”, la muy querida —en Las Palmas— zarzuela del maestro Santiago Tejera Ossavarry que se reproduce en el libro en su texto y guión íntegros, acompañados de unos enjundiosos comentarios literarios y eruditos que Julio Sánchez Rodríguez hace a los tres Actos en que se reparte la obra musical. Su argumento se centra en el vivir de personajes del barrio marinero.

El libro acaba con un Epílogo: “La Virgen del Carmen en la Cooperativa de Pescadores de San Cristóbal”.

Nuestro autor, con un inteligente trabajo de investigación, gran acopio de información y materiales reunidos, con exquisita sensibilidad y con una muy cuidada expresión narrativa, ha logrado con este libro ennoblecer a este barrio con una dignidad elevada. Uno de los valores más relevantes que le veo, es que toda la variedad de aspectos que son tocados, sirven —reunidos— para hacer visible un legado humano humilde y lleno de autenticidad, que representa a una comunidad de un lugar costero histórico, de existencia pobre, atrasada durante siglos y en mucho tiempo desconsiderada por la sociedad urbana vecina.

El libro es una aportación que llenará de sano orgullo a los vecinos de esta localidad y a la que se le ha dotado de una justa exaltación y reconocimiento. Interesará al público en general que sienta atracción intelectual por las comunidades costeras, a los estudiosos concernidos por la Geografía histórica, la Historia eclesiástica, la Historia del Arte, la Historia social o la Historia urbana, porque son muchos los aspectos que les pueden enriquecer.

Antes de concluir, deseo llamar la atención de otro valor muy resaltable y que debe ser apreciado. Este volumen además de un estudio, es un objeto de Arte, en artes gráficas. Posee una elegancia en la atmosfera y en la belleza de su maquetación y diseño, calidad de ilustraciones y en su sintaxis expositiva, que nos produce gran deleite. Ello es tradición y propósito en las obras del investigador Julio bajo la marca Gaviño; podemos decir que este nuevo libro continúa esa trayectoria. Por eso al editor Carlos Gaviño de Franchy y a la diseñadora y maquetista Claudia Gaviño Mariz, a los fotógrafos que han intervenido así como a la imprenta Drago, tenemos que hacerles un público reconocimiento y elogio por su quehacer exquisito. Así mismo expresar agradecimiento a la empresa JSP, pues sin su patrocinio este libro no hubiese sido posible.

Nos hallamos esta noche en la presentación del último fruto, por ahora, de un historiador y sacerdote eminente que en su vida nos ha dejado un conjunto de obras de gran valor, reconocido por variadas y prestigiosas instituciones. Trabajos de investigación histórica, de Arte, sobre localidades, centenares de artículos, numerosas conferencias, promoción y dirección de trabajos sobre patrimonio artístico y restauración, participación en exposiciones de gran envergadura, cultivo y fomento de la vinculación Canarias – América a través de ilustres figuras de la Iglesia católica de Canarias que ejercieron en aquel continente, etc. Basta reparar su *curriculum* para convenir que es una de las figuras prominentes de la Cultura en Canarias hoy.

Vemos a nuestro infatigable investigador y meticuloso divulgador, como un eclesiástico continuador de la senda de otros ilustres y reconocidos clérigos canarios, como José de Viera y Clavijo, Antonio Pereira Pacheco, José Rodríguez Maure, Joaquín Artilles Santana, Santiago Cazorla León, José Caballero Mujica, Manuel Alemán Álamo y otros, que por no alargarnos tengo que omitir.

Todo el que lea este libro encontrará en la Presentación una confesión del autor que nos ayudará a entender mucho. Nos dice de pasada:

*“He procurado armonizar en mi vida religión y cultura, fe y razón”.*

...¡Que admirable y que hermoso!

Concluyo, Sras. y Sres.:

Hace 55 años, allá por 1966, conocí a Julio, en el colegio Corazón de María de la calle Obispo Rabadán de Las Palmas, como decimos allí en “fuera de la portada”. Tenía yo 18 años e iniciaba mi carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de La Laguna; él recién llegado con su formación obtenida en la ciudad de Salamanca y su universidad, lo conocí como claretiano y sacerdote novato. Con motivo de nuestra común vinculación al Grupo de Boys Scouts del Corazón de María, prendió en nosotros una incipiente amistad, que en mi caso germinó en una marcada huella y que me sirvió para nutrir mi mente hacia un mundo intelectual abierto y con inquietudes.

Me permito contar aquí, con la benevolencia de ustedes, tres recuerdos que en esta especial ocasión me agrada exponer: por aquel amigo supe que en el mundillo de los estudiantes universitarios y de la cultura en Salamanca estaban atraídos por la canción protesta del cantautor valenciano Raimon, uno de los máximos exponentes del movimiento histórico de la *Nova Cançó* y como símbolo de la necesaria transformación de España, en medio de los años de gobierno del general Franco, oíamos sus canciones y reparábamos en sus letras, como con aquel himno de libertad “*Al vent*”; conocí que estaba en celebración en Roma el Concilio Vaticano II, que iba a suponer un enorme cambio en la Iglesia católica y que representó uno de los eventos históricos del siglo XX; y me descubrió que desde las antenas de RNE en los Campitos, en Santa Cruz de Tenerife, ya emitía Radio 2 de música clásica. Tres muestras, como se puede ver, muy esclarecedoras.

¡Azares de la vida!: hace un mes, 55 años más tarde de esos recuerdos, el autor de este libro sobre San Cristóbal tuvo la gentileza de invitarme a hacer la presentación en Tenerife. ¡Qué regalo tan precioso para mí y qué honor! Aquí estamos —en compañía de ustedes— compartiendo esta agradable velada, ocasión también para manifestar mi modesto y feliz homenaje a mi amigo y maestro, y cura con una vida de servicio sacerdotal de bastante más de medio siglo.

Julio, muchas gracias, este libro —nuevamente— es un magnífico y deleitoso trabajo.

Muchas gracias igualmente a ustedes, por su amable y atenta escucha.

San Cristóbal de La Laguna, Tenerife, a 29 de Octubre de 2019.

Fernando Martín Galán - Instituto de estudios Canarios